

CALMA EN EL ALMA

Nunca me gustó el olor a tabaco y hoy...tengo por herencia una vieja lata de puros "Álvaro", con unas pocas cartas amarillentas, varias fotos antiguas, un reloj de pulsera que le falta una manecilla y un par de puros, que seguro guardaba para alguna ocasión especial y que aún tienen la vitola con la cara de Alvarito, como era conocido el hijo de D. Manuel González, el dueño y fundador de la tabacalera. No creáis que vengo de tan alta estirpe, que no.

Fernando "el de la rubia", como era conocido mi padre, era uno más de sus trabajadores. D. Manuel sólo fue un modesto cultivador de tabaco en la isla de La Palma que supo labrarse un futuro con mucho esfuerzo y con la iniciativa de su hijo, formar un imperio. Mi padre... sólo se lo fumó.

Quizá por eso, en sus últimas voluntades, pidió que al morir fuese incinerado.

No sería tarea difícil. Seguramente el hollín de sus pulmones y el ron canario con el que regaba diariamente su maltrecho hígado, ayudó bastante a flamear el curtido pellejo que envolvía su esquelético cuerpo. Ahora, con su urna entre mis manos, no sé qué hacer con sus cenizas...

Recuerdo sus dedos amarillentos por el humo del tabaco y ese olor a hierba seca con notas de madera y heno recién cortado que a muchos, doy por seguro, le sabrán a gloria bendita y a mí me recuerda a hilos de pasado que apestan a retales de podredumbre en mi mente.

Mi padre, recién cumplidos los 18 años, marcha a la Península a cumplir con su obligación con el Servicio Militar, al cuartel de San Fernando en Cádiz.

En uno de sus permisos visita "El Embrujo", una taberna cercana al cuartel, frecuentada por los militares. Es allí donde conoce a Marisol, mi madre. Una joven de 16 años, con ojos avellanados, melena larga y tez morena, tímida y vergonzosa, que ayudaba a sus padres con el despacho de vino, torraos, boquerones fritos y briznas de lo que parecía bacalao.

La verdad...todo me parece muy lejano ya...

Tumbado en la cama de un hostel de mala muerte, en la habitación 21, bajo un techo desconchado, adornado por una lámpara de lágrimas empolvadas y paredes empapeladas con motivos florales con un cierto tufillo a rancio...pienso...¿Qué vería mi madre en él?

Mi niñez nunca fue buena. Siempre estuve al cobijo del mandil de madre. Era mi consuelo y salvavidas y creo...que yo fui el suyo.

Mi padre tenía celos del cariño que nos procesábamos y no perdía oportunidad para burlarse de mí y hacerle daño a mi madre, llamándome "niñita malcriada". Juro que en más de una ocasión me hubiera gustado partirla la cara, pero mi famélico cuerpo y mi corta edad me lo impedían. En su momento me dolía, pero ya no.

No se es más hombre por tener una basta y poblada barba, por el tono altivo de "semidiós", por los andares "quijotescos" desfasados, por imponer tu verdad absoluta y absurda, por ser una copia falsa de un dictador sin reinado y...¡hacer lo que te sale de los santos cojones! ¡No señor!

Mi madre me enseñó a respetar a las personas, independientemente de su sexo, raza o religión. La vida nos mostró el camino y nosotros nos aferramos a él.

Después de 14 años de miserias emocionales, de noches de insomnio, despensas vacías, huérfanos en la distancia...mi madre, muy harta de las humillaciones y vejaciones a los que nos tenía sometidos, vende sus polcas antiguas, heredadas de su abuela materna. Compra unos billetes y aprovechando una de las juergas de mi padre, ponemos tierra de por medio con destino a la Península. Creo que fue la mejor decisión que hizo que nuestras vidas cambiaran.

Estoy muy cansado...el barco zarpa a primera hora de la mañana y desde que llegué a La Palma no he conseguido descansar.

El reloj del pasillo no me deja dormir. Cada "tic-tac" machaca mis sentidos. Me tapo la cabeza con la almohada y los recuerdos vuelven a torturar mi mente.

De pronto, me mata la curiosidad...¿Qué dirán esas cartas amarillentas?. Me levanto sobresaltado y miro bajo mi cama. Allí estaba la lata hedentina que mi padre me dejó de herencia. Saco un manojillo de cartas que fulleramente estaban atadas con un cordel grasiento de bramante. Había cartas fechadas en tiempo del Servicio Militar y otra, más reciente, aún sin abrir...

No sé si será buena idea leerlas y volver a revivir el infierno vivido o hacer una fogata con ellas para espantar los malos augurios...Pero aquí estoy, con una mezcla de sentimientos de rabia y curiosidad. Y muy a mi pesar, prevalece éste último.

"Querida Marisol...

Espero que cuando recibas mi carta te encuentres bien. No sabes cómo te echo de menos. Los días en el cuartel se me hacen eternos y no veo el momento en que volvamos a vernos..."

Si no fuera porque lo conocí... diría hasta que era una persona "normal".

El tono de las cartas iba cambiando según avanzaba la relación. Atrás quedaron los "te echo de menos" a..."las novias de los soldados no salen"... "no me gusta que trabajes en la taberna"... "las mujeres de bien no pasean con sus amigas por el puerto"... "al cine ya irás conmigo"...

Una vez casados, la situación cambió, desgraciadamente las palabras dieron paso a los hechos.

¡Cielos! ¡Era tan obvio! ¿Cómo mis abuelos no se dieron cuenta? ¿Por qué mi madre no los puso sobre aviso? Seguramente fue presa de su juventud y por qué no decirlo...estaba enamorada.

Ojeo varias cartas...ésto es más de lo mismo...

Los nervios, los recuerdos y el hambre torturan mis entrañas...

El reloj rompe el silencio ensordecedor marcando las 6 de la mañana. Con mi desvelo por compañía y la curiosidad por esa carta aún cerrada y sin matasellos, decido comerme un sándwich y hacer callar el borborigmo de mi hambriento estómago.

"Querida Marisol...

No encuentro palabras para pedirte perdón por todo el daño que te hice. Mi vida, poco sentido tiene ya. Si volviera atrás en el tiempo intentaría enmendar mi comportamiento cavernícola. Quizá mi perdón no llegue a tiempo, pero te juro, que por una vez en mi existencia, soy sincero. La vida se ha encargado de castigarme con el dolor de vuestra ausencia y con esta maldita enfermedad que me está consumiendo. Sé que nuestro hijo, gracias a ti, es un hombre de bien. El pequeño Fernando...apenas recuerdo las facciones de su rostro...

Dile que si algún día llega a perdonarme, lograré atravesar este infinito y tortuoso limbo. Probablemente cuando leas estas letras yo ya no estaré en este mundo. Que Dios me perdone..."

La rabia, hasta ahora contenida, se convierte en desconcierto.

Los rayos del sol entran tímidamente por la rendija de la ventana. Me levanto y la abro de par en par. La fresca brisa marinera golpea mi cara, dando alivio a mis pesadas ojeras. Cierro los ojos y respiro profundo ese dulce olor a sal...a la misma vez que no puedo evitar sentir pena por él.

De pronto la bocina del barco anuncia que el navío está a punto de partir...

Me apoyo en la barandilla de la cubierta que, aun vistiendo varias capas de pintura de diferentes colores, luce oxidada. Delata los años y viajes que ha navegado por las aguas saladas del Atlántico.

Según me alejo de La Palma, echo la vista atrás. Nunca volveré a ver esos campos de tabaco y las inmensas plataneras.

Con la urna entre mis manos y con la tranquilidad, aunque a destiempo, de un perdón...vierto sus cenizas en las frías aguas del océano..."Navega, padre, navega".

Me siento en un banco, a favor del viento. Viendo, con una tranquilidad inusitada, como la proa rompe las olas del inmenso azul, dejando atrás estelas de efervescente espuma.

Saco del bolsillo de mi camisa ese "Álvaro" que mi padre guardaba para una ocasión especial. Contra todo pronóstico, lo olfateo con detenimiento de lado a lado. Lo enciendo, absorbiendo una gran bocanada de humo. Vuelve a mí aquel aroma inconfundible de la hierba seca con notas a madera y de heno recién cortado...

Entre bocanada y bocanada, llego a la conclusión que, si algo he aprendido en esta vida es... a no ser como mi padre.